

Fábulas en Verso

Por

Concepción Arenal

***Free*editorial** 

FABULA PRIMERA.
EL SOBRIO Y EL GLOTON.

Había en un lugarón
Dos hombres de mucha edad,
Uno de gran sobriedad
Y el otro gran comilón.
La mejor salud del mundo
Gozaba siempre el primero,
Estando de Enero a Enero
Débil y enteco el segundo.
¿Por qué, el tragón dijo un día,
Comiendo yo mucho mas
Tu mucho más gordo estás?
No lo comprendo a fe mía.
—Es, le replicó el frugal,
Y muy presente lo ten,
Porque yo digiero bien,
Porque tu digieres mal.
Haga de esto aplicación
El pedante presumido
Si porque mucho ha leído
Cree tener instrucción,
Y siempre que a juzgar fuere
La regla para sí tome:
—No nutre lo que se come
Sino lo que se digiere.

FABULA II.
EL RIO Y EL ARROYO.

Naciendo uno de ella al par
El otro en remoto suelo,
Un rio y un arroyuelo
Llegaban juntos al mar.
En ancho cauce y profundo
Turbio corría el primero;
Estrecho, claro y somero
Deslizábase el segundo.
Huyendo la muchedumbre
Y de un niño en compañía,
Un hombre a dar acudía
Su paseo de costumbre.
Este rato de solaz
Aprovechóle en correr,
Hizo gana de beber
Y beber quiso el rapaz.
Díjole el padre —¿No ves
Que estas en sudor bañado?
Reposa un tanto a mi lado
Para que bebas después.
El muchacho obedeció,
Que era de condición buena,
Y sentándose en la arena
A refrescarse esperó.
Como está impaciente, muda
Una y otra vez de asiento,
Mas parándose un momento

Formal expone una duda.
—¿Por qué será, padre mío,
Esto que siempre reparo?
¿Como está el arroyo claro
Y no lo está nunca el río?
—Hijo, allí cerca del mar
Nace puro el arroyuelo,
Y nada encuentra en el suelo
Con que se pueda enturbiar.
Si hallare casualmente
Tierra que enturbiarle deba
Nunca a los mares la lleva
Su escasa y débil corriente.
Viene de lejanas tierras
Este río caudaloso
Y por terreno fangoso
Y por montes y por sierras.
Y pasa por las ciudades
Cuya inmundicia, hijo mío,
Enturbia el agua del río
Como el alma sus maldades.
Y más la orilla dilata
Y cada vez más potente
Su irresistible corriente
Todo al pasar lo arrebata.
Enturbiado este, y profundo,
Claro y no profundo aquel,
Nos presenta un cuadro fiel
De lo que pasa en el mundo.
El que apacible y serena

Busca sencilla la vida
¿Habr  cosa que le impida
Hallarla dichosa y buena?
Mas sintiendo la inquietud
De alguna grande pasi3n
Peligra en el coraz3n
La ventura y la virtud.
No olvides nunca, hijo mío,
Que es difícil, te lo juro,
Ser como el arroyo puro
Y ser grande como el rio.

FABULA III
EL OSO Y EL LOBO.

En la cristalina fuente
Que tan pura el agua lleva
En su rápida corriente
Y se llama rio Deva
Cuando llega al mar potente.
Y de Julio caluroso
Como a las doce del día,
Lleg3 a beber presuroso
De un lobo en la compa a
Grande y corpulento un oso.
El aura suave y pura,
Y la pradera florida,
Y la fuente que murmura,
Todo a descansar convida

Y paz ofrece y ventura.
Sentáronse a descansar
El lobo y el oso juntos
No viendo a nadie llegar,
Y después de otros asuntos
Pónense de este a tratar.
Ya me acerco a la vejez,
Dijo el lobo, y por más traza
Que en ello pongo ¡pardiez!
Cada día hay menos caza
Y más hambre cada vez.
Pasan del Abril las flores,
Pasan las nieves de Enero
Sin que en estos alrededores
Logre atrapar un cordero
A los malditos pastores.
—Te está muy bien empleado,
Respondióle grave el oso,
¿Por qué del hambre acosado
No has de tragar, melindroso,
De yerba un solo bocado?
¿Por qué no comes manzanas
Ni peras ni moscatel,
Que de nombrarle entro en ganas,
Ni maíz, ni rica miel,
Ni cerezas, ni avellanas?
¿Tiene de razón asomo
Tu carnicera manía?
Come de todo, cual como,
Que si no, por vida mía,

Flaco has de tener el lomo.
Si acaso de hambre te mueres
De mi cariño leal
Ni el menor auxilio esperes;
No es lo que te pasa un mal
Si no porque tú lo quieres.
Mas el lobo replicó:
—Si comer frutas no puedo. —
—Pues qué, no las como yo?
No auxiliaré, no ha va miedo
Al que la razón no oyó.
Así hallamos en la vida
Moralistas como el oso
Que intentan, cosa es sabida,
Con aire majestuoso
Cortarnos a su medida.
Poco es que la humanidad
Contra sus dogmas arguya,
No hay otra felicidad
Ni otra razón que la suya,
Ni tampoco otra verdad.
Sí de un pecho dolorido
No comprenden la amargura
Exclaman: ¡dolor fingido!
Y es necedad ó locura
La pasión que no han sentido.
Por no sé que facultad
Del mundo se juzgan dueños,
Y su grave necedad
Creced; dice a los pequeños,

Y a los grandes, acortad.
Años hace que le oí
Decir como regla a un viejo
Y la guardé para mí,
«Que el sabio al dar un consejo
»Se acuerda poco de sí.»

FABULA IV.
EL LEON ENFERMO.

Enfermo y gravemente
De los bosques hallóse el soberano
LEON, como decimos vulgarmente.
Su estómago hasta allí cual pocos sano,
Ni el más leve sustento digería
Sin dolor infinito,
Aunque su majestad solo comía
Lechón, tierno cordero, algún cabrito.
Si era efecto del tiempo esta dolencia,
Si de grave pesar, de incontinencia
O del rudo trabajo y los desvelos
Con que, grato a los dioses, se afanaba
El cetro a sostener de sus abuelos
Para el público bien y por su gloria,
Es un punto dudoso de la historia.
Mas lo que está probado
De un modo positivo y concluyente,
Es que al verse doliente
Tuvo su majestad la extraña idea

De reunir al punto una asamblea
Y en ella discutir de cuál sustento
A su estómago débil convendría,
Y de cuál se abstendría
Por nocivo é indigesto.
La turba cortesana, por supuesto,
Al escuchar del rey el pensamiento,
Le pareció muy bien según costumbre,
Envíanse correos
Que veloces recorran los estados
Para que diputados
Envié cada especie al gran congreso.
Reunida por fin la muchedumbre
Jura dar en conciencia
Su humilde parecer, de cuyo peso
Será juez el monarca; y él primero
Expone con voz débil su dolencia.
Hablar le toca, y habla un carnicero
Diciendo que el enfermo se alimente
Con abundante carne ensangrentada.
Levántase otro que de aquel disiente,
Pues aunque sea cierto
Que es la carne alimento grato y sano,
Mas saludable fuera al soberano
De animal que ya días lleve muerto.
Un herbívoro en turno estaba luego,
El cual con voz sonora y mucho fuego,
Dijo que el rey en breve moriría
Si obstinado seguía
Cubriendo de cadáveres su mesa.

La verde yerba, la sabrosa fruta,
El rubio grano y el panal dorado,
Que la vista recrea y embelesa,
Decía el oso, le darán la vida.

Fue su idea aplaudida
Pero trabóse en breve una disputa
Entre los pitagóricos señores.

El maíz, la cebada y el centeno,
La uva, la castaña, la bellota,
El regaliz, el heno

Y cuantos vegetales

Alimenta la tierra en su ancho seno,
Tuvieron entre aquellos animales,
Fieles, sino ilustrados defensores.

Y cada cual al rey le recetaba
El alimento mismo que él usaba.

Después de mucho tiempo y gran ruido

El punto dio su majestad leonesa
Por suficientemente discutido;

Le puso a votación y con gran priesa
En lugar de pesar los votos cuenta.

La Prudencia (aunque extraña cosa sea
Verla en una asamblea,)

Estaba allí, (de paso por supuesto)
Que en tales reuniones no se sienta,
E imponiendo silencio con un gesto:

«Rey infeliz, le dijo, eres perdido
»Si en recibir consejo así consientes
»De seres que de ti son diferentes,
»Y una vez que consejo hayas pedido

»Tienes tan poco seso,
»Que el número calculas y no el peso.»

El monarca la oyó sin hacer caso
Y viendo que de aquellos animales
El número menor por carne estaba,
Resolvióse a vivir de vegetales.

Pero el nuevo alimento
De tal modo al monarca repugnaba
Que muy poco tragaba
Y eso con asco mucho y gran tormento.

A poco que este plan hubo entablado
Murió de inanición el desdichado.

Cuando muchos votos son
Como eran en esta historia,
No cuentes con la memoria
Pésalos con la razón;
Ni busques jamás consejo
En hombre que no es tu igual,
Aconsejaráte mal
Aunque bueno, sabio y viejo,
Cada cual juzga por sí;
Diráte la verdad fiel;
¿Pero qué verdad? La de él
Que no es verdad para ti.

FABULA V. LA PERA VERDE Y PODRIDA.

Iba un día con su abuelo

Paseando un colegial,
Y debajo de un peral
Halló una pera en el suelo.
Mírala, cógela, muerde,
Mas presto arroja el bocado
Que muy podrido de un lado
Estaba, y del otro verde.
Abuelo, cómo será,
Decía el chico escupiendo,
Que esta pera que estoy viendo
Podrida aunque verde está?
El anciano con dulzura
Dijo, vínole ese mal
Por caerse del peral
Sin que estuviera madura.
Lo propio sucede al necio
Que estando en la adolescencia
Desatiende la prudencia
De sus padres con desprecio.
Al que en sí propio confía
Como en recurso fecundo
E ignorando lo que es mundo
Engólfase en él sin guía.
Quien así intenta negar
La veneración debida
En el campo de la vida
Se pudre sin madurar.

FABULA VI.

LA VERDAD EN LA FERIA.

Polvos de no envejecer
Pregonaba en una feria
Un hombre de mejor traza
Que tienen por común regla
Los que a explotar se dedican
La credulidad ajena.
Unos por ver como miente,
Otros por ver qué revela,
Los más sin saber por qué,
En gran número le cercan.
El repite su pregón
Diciendo que la experiencia,
Excepción no ha presentado
Ninguna, grande ó pequeña
Que la admirable eficacia
De aquellos polvos desmienta.
Crece la curiosidad,
Crece la bulla y la gresca,
Unos empujan y ríen
En tanto que otros reniegan;
En fin, otros impacientes
Sacan algunas monedas
Y al punto al cambio reciben
De los polvos la receta.
Desdobláronla curiosos
E impacientes de leerla.
Decía así: «Corporal,
»La gallardía, y la fuerza,

»Los atractivos y encantos
»De eso que llaman belleza,
»Gócese mientras se tiene,
»Mas siempre en poco se tenga,
»Que en breve el tiempo la arrastra
»Como el viento una hoja seca.
»Mas la hermosura del alma
»El tiempo no se la lleva.
»Quien aprende lo que es útil,
»Y lo que sabe aprovecha,
»Quien conforme a su aptitud
»Cultiva el arte ó la ciencia,
»Quien de las malas pasiones
»El perverso instinto enfrena,
»La felicidad buscando
»Donde estar puede, en las buenas,
»Sus atractivos hará
»Que estén del tiempo a la prueba,
»Y aquí de no envejecer
»El gran secreto se encierra.»

La gente que se esperaba
Hallar cosas estupendas
Grita del chasco corrida:
¡Pues trae noticias frescas!
¿Y por esto el gran bribón
Nuestro dinero nos lleva?
Enarbolan los garrotes,
Amenázanle con piedra,
El hombre ya intimidado
Les devuelve las monedas

Y huyendo la silva y grita
Váse a la casa más cerca.
Era el amo hombre discreto
De buen juicio y alma recta,
Y acogiéndole benigno
Le dijo de esta manera.

—¡Pero hombre de mis pecados!

¿Habéis tenido la idea
De dar al pueblo razones
Cuando prodigios desea
Y creído que a pagarlas
Iba en corriente moneda?
Dijerais que vuestros polvos
Se hacían con unas yerbas
Que crecen en las orillas
De un río que corre en Persia,
Mezclando el asta de un ciervo
Que viene de Filadelfia,
El pico de un avestruz,
El diente de una culebra,
Y una lava portentosa
Que de Islandia se acarrea,
Cogida con grave riesgo
De los cráteres del Yecla.
Con estos y otros dislates
Quedara muy satisfecha
La gente, buscara luego
El pico, el diente, las yerbas,
y el mineral, por boticas
Por droguerías y tiendas,

Y vos quedarais pagado
Dejándola así contenta.
—¿Y después? —Se iban a casa.
—¿Y yo? —Ibais a otra feria.
—¿Que debe mentirse al vulgo
Sacáis en consecuencia? —
—No lo digo hablando en serio
Aunque tal vez lo merezca
Ya que aplaude al que le engaña,
Y escarnece al que le enseña.
Mas digo que la razón,
Y esto propio afirma ella,
Es género poco usado
Que no halla en la plaza venta,
Y reservarle es cordura
Para alguno que le quiera.
—¿Y vivir oscurecido
Y tal vez en la miseria?
—Es posible. —¿Y presenciar
De un impostor la opulencia?
—Posible también. —¿Y ver
Como una inmoral leyenda
En que el misterio del crimen
Con cinismo se revela,
Una historia monstruosa
De insulsas fábulas llena,
Un drama que ni el pudor
Ni el buen sentido respeta,
Otro que acordarnos hace
Del gran cerco de Viena

A sus autores procuran
Honores, fama, y hacienda,
Mientras oscuro y hambriento
Sucumbe un hombre de ciencia?

Yo creí que la excepción
Esa que decís fuera
Y lo juzgo todavía.

—Pues amigo no, es la regla.

—¿Y pensáis que tal desorden
Mucho tiempo durar pueda?

—No solo temo que dure.

—Pues qué teméis? —Que crezca.

¿Por ventura se estimula
Con honores ni riquezas
Al que en útiles estudios
Consume su vida entera?

¿Por ventura se persigue
Ni aun en la forma indirecta,
Al que especula en decir
Lo que ignorarse debiera,
Y del crimen al formar
La escandalosa epopeya,
No bastándole copiar
Fecundo en maldad inventa?

¿Por ventura en este siglo
Son tan vivas las creencias
Que se haga el bien por el bien
Sin esperar recompensa,
Y se rehúse del mal
La lucrativa carrera?

Mientras los hombres de estado
Los que dicen que gobiernan,
De lo que es gobierno y orden
No se formen otra idea;
Mientras juzgue inapreciable
A todo escritor la venta
Que desdeña lo que instruye
Y busca lo que deleita;
Mientras triunfe la ignorancia
Y trocadas las ideas
La libertad de hacer mal
Llamada libertad sea,
No faltará quien explote
Mina de tan rica vena,
Ni quien verdades se calle,
Ni quien por dinero mienta,
Ni quien tome la lección
Que a Ud. le han dado en la feria.

FABULA VII.

EL PERRO Y EL GATO.

Si no hubo malicia ó yerro
Dé la historia en el relato,
Estábase cierto gato
Mano a mano con un perro.
Ponderaba entusiasmado
De su maña en recompensa,
Sus asaltos de despensa

Sus victorias de tejado.
Ya descuelgo una morcilla
Aunque esté lejos del suelo,
Ya en el sótano me cuelo,
Ya sorprendo una guardilla.
Si es lerda la fregatriz
¡Ay qué almuerzos! una polla
O la carne de la olla
Y el besugo y la perdiz.
Aunque me dicen —¡Maldito! —
La maldición no me alcanza,
Tenga yo llena la panza
Lo demás importa un pito.
No sé yo porque aprensión
Estás siempre con tu tema,
Es muy sencillo el dilema
Comer mal ó ser ladrón.
No sabes lo que es buen queso,
Ni buen pescado, ni flan,
Ni otra cosa que mal pan
O algún descarnado hueso.
Y en vez de la libertad
Que en mi tejado poseo,
Ir con tu amo de paseo
Sujeto a su voluntad
¿Y cuál es de esta virtud
El gran premio, las delicias?
Cuatro inútiles caricias,
El hambre y la esclavitud.
Te luces por San Martín,

Si tal galardón pretendes.
—Hablas de lo que no entiendes,
Respondió grave el mastín,
No tengo grandes regalos
Como te sucede a ti;
Mas tampoco andan tras mí
A maldiciones y a palos.
Dirás que entre veces mil
Diez apenas te darán,
Mas vale cariño y pan
Que odio con dulce y pernil.
¿Te sonríes con malicia?
Te sonríes y no lloras,
¡Miserable! porque ignoras
Lo que vale una caricia.
Gustárasla una vez sola,
Esta que ventura llamo
Cuando me acaricia el amo
Y yo meneo la cola.
Cuando alguno me hace mal
O si hacérmelo pretende,
Mi defensa al punto emprende
Aun con riesgo personal.
Con el afán y el ahínco
Que me abalanzo a su cuello
Y el placer que tengo en ello
Y a su alrededor corro y brinco.
Entonces no esclavitud
En la mansedumbre vieras,
Ni tontería dijeras

Que es la dulce gratitud.
¡Que no tengo libertad!
¡Que la tienes tu mayor!
¿No sigo a mi bienhechor
Por cariño y voluntad?
¿De que no puedes gozar,
Que gozar no debo infieres?
¡Miserable! hay más placeres
Que el de comer y robar,
Hay más Pero fuera yerro
Decírselo al mentecato
Que... ¿puede entender un gato
La felicidad de un perro?
¿Sabe el goloso ruin
La dicha exenta de hiel
Que en ser querido y ser fiel
Puede tener un mastín?
Y del perro entusiasmado
Era el razonar tan grave
Que responderle no sabe
El gato, y vase cortado.
Consejo encierra y profundo
Del perro y gato la historia,
Trayendo a nuestra memoria
Lo que sucede en el mundo.
El bien que a todos excede
Suele no llamarse bien,
Y aun le mira con desdén
El que alcanzarle no puede.
Mas el juego y la carroza

Y la alfombrada escalera,
Eso lo entiende cualquiera,
Porque cualquiera lo goza.

Y la común medianía
Ni muy buena ni muy mala,
Ve del perverso la gala
Sin comprender su agonía.
Que juzgando por sí mismo
Juzga el vulgo siempre mal

El dolor del criminal
Y el placer del heroísmo.

Y si penetrar pudiera
De entrambos el corazón,
Que ha envidiado sin razón
Y que ha desdeñado viera.

Extraviada multitud,
No creas en la ventura
De la indigna criatura
Que escarnece la virtud.

FABULA VIII.

LOS DOS CABALLOS.

Cuidaba mucho un francés
Dos caballos por su mano;
Era el uno jerezano
Y era el otro Cordobés.
Ambos de ardiente mirada,
Ambos de fuerte resuello,

Grueso y encorvado el cuello,
La cabeza descarnada.
Era tanta su apostura
Que yo afirmo sin recelo
Pudieran ser el modelo
De Pablo en la fiel pintura.
Tenía el cordobés ya
Dada, y con bastante esmero,
La instrucción de picadero
Que a un buen caballo se da.
Corbetas, saltos atrás,
Con soltura bracear,
Paso de posta, trotar,
Gran galope y nada más.
Educado el jerezano
Con destreza y tino rara
Bailaba, saltaba un aro,
Respondía con la mano.
Y no con poca sorpresa,
Justo el público aplaudió
Cuando la polca bailó
Y cuando comió a la mesa.
Otras mil habilidades
Hacía que no refiero,
Ganando muy buen dinero
Por villas, y por ciudades.
En una (su nombre ignoro)
Quínola un inglés comprar
Y por él llegaba a dar
Cantidad, y grande, de oro.

Hizo instancias el inglés
Pero el amo resistía,
Ofreciendo si quería
Mas barato el cordobés.
Ya podéis, dijo el britano,
Pues de los dos animales
Mas que el cordobés reales
Duros vale el jerezano.
Pardiez, singular ajuste,
Dijo al verlo un mozalbete
Boqui-rubio y regordete
De pocos años y fuste.
¡Linda idea! ¿Padre mío,
Si son estos animales
Absolutamente iguales
En hermosura y en brío,
Será cuerdo y oportuno
O una solemne sandez
Por llevarse el de Jerez
Ofrecer veinte por uno?
El mismo pelo y alzada,
El mismo cuello encorvado.
—Hijo, el uno está educado
Y el otro no sabe nada.
Al hacer la tasación
Del valor de cada cual
Olvidaste, y haces mal,
De apreciar la educación.
Parangón apenas cabe,
De escucharlo no te asombres,

En caballos como en hombres
Entre quien ignora y sabe.
La proporción que has oído
No es ni con mucho bastante,
Si vale uno el ignorante
Vale mil el instruido.

FABULA IX.

EL ESPEJO Y LA VERDAD.

En uno de los viajes
Que tuvo la mala idea
De hacer no se con que objeto
La verdad sobre la tierra,
Oyó de un espejo amigo
Sentidas y amargas quejas.
¿De qué me sirve, decía,
Que fiel a tus advertencias
Repita forma y colores
Con semejanza perfecta,
Lo mismo al pobre mendigo
Y al que nada en la opulencia,
Al labrador y al herrero
Como a los reyes y reinas,
Y diga la verdad pura
Sin rodeos ni cautelas?
Vánse de mí satisfechos
Aunque increíble parezca,
Igualmente los hermosos

Que los de horrible presencia.
Digo a un viejo: —Esa peluca
Se ve desde media legua,
Y él va muy hueco pensando
—Nadie que es peluca acierta.
Dígole: —Tienes arrugas
A una remilgada vieja,
Y ella piensa allá entre sí
—Pues tengo la cara tersa.—
Pónese el chato narices,
Otro va y se las cercena,
El gordo se quita carnes,
El que es flaco las aumenta,
Multiplíquese el pequeño,
El que es muy alto sé resta,
Y en fin a ninguno he oído
Qué feo soy, o que fea.
Si algún remedio eficaz
No buscas de esta epidemia,
Teme que tu santo imperio
Del mundo desaparezca.
No, respondió la verdad.
Con la faz grave y serena,
Mi dominación es justa
Y será por eso eterna.
Si tal vez por excepción
Se sustrae el hombre a ella,
Esta excepción que te irrita
Casos hay en que aprovecha.
Di: ¿si sordo el amor propio

A tus verdades no fuera,
 Cómo se consolarían
 Los horribles y las feas?
¿Qué mal hay si va una joven
Muy erguida y satisfecha,
 Su fealdad ostentando
 Como si fuera belleza?
¡Es ridícula! ¿Qué importa
Siempre que dichosa sea?
 Abunda la vanidad
Porque el mérito escasea,
 Y en paz vive cada cual
 Ignorando su miseria.
 Al ver un ente risible
 Que hueco se pavonea,
Mas vano con sus defectos
Que otros hay con sus bellezas,
 Los sabios de brocha gorda
 El absurdo cacarean,
Y el hombre bueno y prudente
 Bendice a la Providencia.

FABULA X.

EL TESTAMENTO DEL LEON.

Cerca se hallaba un león
De sus dolores postreros,
Y tigres, Panteras, lobos,
Todos amigos ó deudos.

Dábanle muy compungidos
Mil inútiles consejos,
Meditando cada cual
Por qué industria ó por qué medio
Pescará la mayor parte
De los bienes del enfermo,
Que se murió hasta la cola
Sin hacer el menor gesto,
Sin decir una palabra
Ni otorgar su testamento.
Notáronlo cuatro ó seis
Que alejaron de allí el resto,
Por ver si logra, decían,
Él paciente algún sosiego.
En busca de un escribano
Uno de ellos fue corriendo
En tanto que los demás
Atan al real pescuezo
Con disimulo un cordel
Que en la melena encubierto,
Y entre la ropa después
Baja hasta cerca del suelo,
A beneficio del cual
Tirando, sin gran esfuerzo,
Del difunto a la cabeza
Comunique movimiento.
Cuando a su satisfacción
Todo se hallaba dispuesto,
Dan entrada a los testigos
Y al escribano con ellos,

Que era un respetable zorro
Notario mayor del reino,
Al cual hicieron presente
El estado del enfermo,
Que hablar no le permitía,
Aunque el oído perfecto
Conservaba, y la cabeza
En cabal conocimiento.
Presentáronle unas notas
Que el rey mismo había puesto,
En las cuales expresaba
Su voluntad y deseo.
Mas por si hubiese cambiado
En el instante supremo,
Las cláusulas una a una
Irle podía leyendo.
Y él por señas le daría,
O no, su consentimiento.
Hízose así; preguntaba
El escribano, y corriendo
Tiraba del cordelito
Uno de los herederos,
E inclinaba la cabeza
Para decir que sí, el muerto.
Hechólo de ver el zorro,
(Que no debía ser lerdo)
Y quiso tener su parte
Lucrativa en el enredo.
Pregunta con gravedad
Si el rey de su amor en premio,

Al infrascrito escribano
Deja trescientos mil pesos.
A la pregunta siguióse
De la sorpresa el silencio,
Sin que el testador hiciera
El más leve movimiento,
Lo cual visto por el zorro
Dijo al vecino muy quedo;
O se tira para todos
O está para todos muerto.
El de la cuerda, pensando
Que no había otro remedio,
Tiró para el escribano
E hízole coheredero;
Que mal puede castigar
Quien es de crímenes reo.
Por eso hace tanto daño
Desde arriba el mal ejemplo.
Cómplices ó acusadores
Han de ser los subalternos
Del jefe que lo es en vano
No siendo en virtud primero
Para reprender al malo
Es la condición ser bueno,
Sin lo cual la autoridad
Es vana, vano el derecho.

FABULA XI.
EL ATURDIDO.

De química un profesor
Porque a su intento convino,
Con espíritu de vino
La humedece, y sin temor
A su mano aplica fuego,
Que ardía sin propio daño,
Y del fenómeno extraño
La explicación daba luego.
Violo un mozo casquivano
Que la explicación no oyó,
Y lo propio ejecutó
Mojando en agua la mano.
Demás está el afirmar
Que se abrasó, el mentecato
Vino el padre a poco rato
Y le ovó así lamentar:
¡Oh! qué terrible dolor,
Ved como tengo el pellejo;
Por seguir vuestro consejo
Esto me pasa, señor,
—¿Mi consejo por seguir?
Díjole el padre asombrado,
—¿Lo que en clase haya observado
No me mandáis repetir?
Si es sencillo experimento
(¡Ay! la mano se me abrasa!)
No me decís «hazle en casa,
»Hazle otra vez, hazle ciento?»
Pues bien: hoy el profesor

Con agua un vaso sacó
Y la mano en el metió
Mojándola en el licor.
Luego va con mucha flema,
La pone junto a la llama
Y la mano se le inflama,
Y (esto pasma) no se quema;
Yo lo mismo practiqué
Cuando a casa hube llegado,
Y harto caro me ha costado,
Viéndolo estáis, me abrasé.
¡Ah! ¡señor! El otro día
Decíais, «la imitación
»Ayuda la educación.»
—Y lo repito a fe mía.
Tornó el padre a replicar:
Ni se yo por qué te quejas;
Lo que referido dejas
¿Es por ventura imitar?
El que en ayunas se queda
De la causa y la razón
Y a repetir va una acción,
Este no imita, remeda.
El que la razón medita
Y al repetir lo que ve
Sabe el cómo y para qué.
Este no remeda, imita.
Y ya que dártela puedo
No olvides esta lección:
Es útil la imitación

Es pernicioso el remedo.

FABULA XII [3]
EL MASTIN Y EL GALLO.

Sabido es de cada cual
Que aún mucho más que el caballo,
Entre los vanos, el gallo
Es vanidoso animal.
Había en cierto lugar
Uno que el cuello inclinaba
Cuando la puerta pasaba
Por temor de tropezar;
Y era risible el temor,
Que en un portón como aquel
No llegaría al dintel
Siendo cien veces mayor.
Estábase en el corral
De la casa por guardián
Un juiciosísimo can,
Y cansado de ver tal
Díjole: señor gigante,
Eleve la cabeza inhiesta,
Que antes de dar con la cresta
Aun ha de crecer bastante.
¿No ves cómo no se baja
Un hombre aunque esté montado,
Y que nanea han tropezado
Los carros que traen paja?

¿Cómo ¡voto a Belcebú!
Donde no pueden llegar
Imaginas alcanzar
Siendo más pequeño tú?
Quedóse el gallo corrido
No sabiendo qué decir,
Y cuando volvió a salir
Fuese con el cuello erguido;
No porque tuviera prisa
Su error de reconocer,
Sino que llegó a temer
Del can machucho la risa.
De la ciencia en el umbral
Lo mismísimo se viera
Si puerta visible hubiera
Como había en el corral.

**

EL NIÑO Y LA ORTIGA.

En un día de solaz
Y por el campo corriendo,
Una grande ortiga viendo
Cogióla incauto un rapaz.
Costóle caro el error
A la infeliz criatura,
Y cual de una quemadura,
Sentía el terrible ardor.
A su buen padre buscando
Que de lejos le ha observado,
Mohíno y atribulado
Cuéntale su mal llorando.

Señor, no sé cómo fue,
El mísero repetía.
Os lo aseguro a fe mía
Que casi no la toqué.
—De ahí viene tu perdición,
Que si apretándola hubieras,
Dijo el padre, no sintieras
La terrible comezón.
—¿Apretándola? —Cabal,
Así como te lo digo,
Ese cruel enemigo
Es débil, superficial.
¿Ves cómo la aprieto yo?
Pues nada tiene de extraño;
Tocándola te hará daño,
Mas destruyéndola no.
Si entre malvados te obliga,
A que vivieres la suerte,
Esta cualidad advierte
Que tienen como la ortiga.
Es el perverso insolente,
Porque es el bueno apacible;
Para el que tiembla temible.
Medroso para el valiente.
El supremo Hacedor pió,
Nególe gran corazón;
No sé si tendrá excepción,
Pero es la regla, hijo mío.

FABULA XIII.
LOS GEMELOS.

Robusta sucesión y numerosa
Recibió el amor propio de los cielos,
Orgullo y vanidad, tuvo gemelos
A riesgo de la vida de su esposa.
Ella enana, de talla él prodigiosa,
Son los hermanos desde pequeñuelos
Exento de temor uno y recelos,
Otra apocada, débil y medrosa.
Júpiter que observó en los dos hermanos
El carácter, la fuerza y proporciones
Dijo: «Que en mis dominios soberanos,
Haya dos razonables divisiones,
Tú Vanidad, inspira a los medianos,
Y tú Orgullo, a los grandes corazones.»

FABULA XIV.
EL OSO Y EL RELÓ.

Solía un piamontés
Dar lecciones a un gran oso,
Que por torpe ó perezoso
Danzaba mal en dos pies.
Aunque fácil la lección,
Harto poco adelantaba,
Y el hombre ya se cansaba
De tanta repetición.

Díjole, voy a salir,
Tu entre tanto bailarás,
Y si no adelantas mas
A palos te habré de hundir.
Compasión el oso implora,
Pero el maestro implacable
Da por plazo improrrogable
Para aprender una hora.
Sujeta bien la cadena,
Renuévale la promesa,
Va después junto a una mesa,
Da vuelta a un reló de arena
Diciendo: aquí está ¿le ves?
No te dejo hueso sano
Si al caer el postrer grano
Lo haces mal; hasta después.
Y apenas hubo salido
Recapacitando el oso,
Concibió un plan ingenioso
Y ejecutólo atrevido.
La arena, según reparo,
Llevase el tiempo al caer,
Si la logro detener
No corre el tiempo, esto es claro.
¡Gran idea! de este modo
Ahora descanso un poquito,
Luego la danza ejército,
Así hay tiempo para todo.
Puso el deseo por obra
Diestro inclinando el reló.

Y a descansar se acostó
Sin inquietud ni zozobra.
Durmióse, era natural;
Hasta que oyendo la puerta.
Asustado se despierta
Y tiembla el pobre animal.
Viendo a su maestro entrar,
Mientras la ropa mudaba,
Puso el reló como estaba
Y él como siempre a bailar.
Pues adelantas bastante!
Díjole fuera de sí
El amo, ¿qué has hecho di
Mientras falté yo tunante?
—Pero señor no es la hora...
—El reló de posición
Cambiaste, ¡mira el bribón
Con lo que nos sale ahora!
¿A tu inteligencia escasa
Parecióle idea buena.
Decir que cuando la arena
No cae, el tiempo no pasa?
Y enarbolando el bastón
Con increíble presteza,
Dióle de pies a cabeza
El premio de su invención.
De este animal la ignorancia,
Sin quererlo nos recuerda
No más ingeniosa y cuerda
Común una extravagancia.

Entiéndese vulgarmente
Por el quitarse los años
Cuando del tiempo los daños
Tales restas no consiente.
¿Habrá mayor idiotismo,
Ni habrá pretensión más rara
Que no cambiando la cara
Negar la fe de bautismo?
No agreguéis a la vejez,
Viejos de incógnita fecha,
Un mal de vuestra cosecha
Cual es la ridiculez.
De vuestra fama en perjuicio
No diga la razón dura
Que perdéis en hermosura
Sin haber ganado en juicio.
De ese trabajo penoso
Dejad la dura faena
Y dejad caer la arena
O dirán que hacéis el oso.

FABULA XV.

EL JUGADOR GRAVE.

En amor y compañía,
Con numerosos testigos,
Dos hombres, no sé si amigos,
Estaban jugando un día.
Y a ti que vas a escuchar

El cuento, diré de paso
Por ser cosa que hace al caso,
Que no era juego de azar.
Estaba el un campeón
Silencioso, concentrado,
Sin mirar a ningún lado
Ni oír la conversación.
Y contraída la frente
Y su rostro echando fuego
Cual si tuviera del juego
Honor y vida pendiente.
El otro, que las jugadas
Piensa muy pocos instantes,
Charla con los circunstantes,
Y da grandes carcajadas.
Y sin cuidado maldito,
Ni callado está ni quedo;
Si gana, le importa un bledo,
Si pierde, se le da un pito.
Había en la concurrencia,
De diversa catadura,
Un hombre de edad madura,
Y un joven sin experiencia.
Preguntóle el viejo: —¿Cuál
De aquellos dos jugadores
Con circunstancias mejores
Te parece, y más formal?
—Bah! dijo el mozo, pues cabe
Buena duda en mi opinión,
El uno un botaratón,

Tan serio el otro, tan grave.

—Qué solemne disparate

Crees, repuso el anciano,

Apostara yo una mano

En favor del botarate.

Por Dios, que ha de tener seso:

Y ser un gran calabaza

Con toda su grave traza

Pensativo el otro y tieso.

El de actividad febril,

El de meditar capaz,

Busca un rato de solaz

En la diversión pueril.

Mas la pueril diversión,

Es objeto de gran precio

Porque busca en ella el necio

No descanso, ocupación.

Mira el uno con desdén

Las victorias de tablero,

Piensa el otro majadero

Que mucho lustre le den.

Mal sienta la gravedad

En negocio que no es grave.

A majadería sabe

Y trasciende a vanidad.

Al notar esta señal

Quedo para mi dudando,

Si quien es formal jugando

Jugará en cosa formal.

FABULA XVI.
LOS CUMPLIMIENTOS.

Un mozalbete espigado
De los que ha tiempo gallean,
Pero tan corto de genio
Como era largo de piernas,
Su invencible encogimiento
Sentía sobremanera.
No es que era lerdo el rapaz,
Distinguíase en las letras,
Pero en tertulia y visita,
Le aventajaba cualquiera,
Y nunca logró aprender
Eso que buenas maneras
Llaman unos, y buen tono,
Otros de educación prueba,
Otros elegancia, mundo,
Y algunos pocos simpleza.
Reducido en la sustancia
(Caso que sustancia tenga)
A una fraseología vana
Tan inútil como hueca,
En que se miente cariño,
En que amistad se remeda,
En que se ahorra talento,
Y en que se gasta paciencia.
Veíalo nuestro mozo
De muy distinta manera

Y escarnecido y burlado
Por galanes y bellezas,
El mísero se juzgaba
Si no aprendía tal jerga,
Y este dolor, para él grande,
Contóle un día a su abuela.
Era una cabal señora
Machucha, cristiana, vieja.
Un poquito socarrona,
Y un mucho sesuda y cuerda.
La cual oyendo el apuro
En que su nieto se encuentra,
Dejando a un lado las gafas
Y con las gafas la media,
Dijo: poco fundamento
Ni razón tienen tus quejas.
Eres robusto, capaz
De buen natural y prendas,
Para las artes no manco,
Ni zurdo para las ciencias,
Esto es lo que sobra, ó basta
Para estar en donde quiera
Sin temor de excitar risa,
Sin empacho ni vergüenza,
Tus afectos y razones
Expresando a tu manera.
¿Qué te importa si no sabes
Con vanas palabras huecas
Mentir como mienten todos
Para que nadie te crea?

¿Ni el juicio, que de ti formen
Por trasgresor de la regla,
Cuatro mozos casquivanos
Y cuatro vanas coquetas?
¿Por qué sientes ignorar
Eso que sabe cualquiera?
No tengas lo que te digo
Por el voto de una vieja.
Yo conocí a un religioso
Pájaro a fe muy de cuenta,
Y oíle más de una vez
Que todas esas lindezas
Que cumplimientos se llaman,
Son para la gente necia,
Y que el genio y el talento
Pueden dispensarse de ellas.

FABULA XVII.

QUIEN A QUIEN.

Un hombre muy chiquitín,
La historia su nombre calla,
Medir a otro de gran talla
Se le puso en el magín.
Encontró una silla a mano,
Mas apartóla con ceño,
Que a la par que endeble y pequeño,
Era mentecato y vano.
Por más que hacia la cabeza

Del otro, su brazo estira,
Mide, rectifica, mira,
Y otra y otra vez empieza.
Y por más solicitud
Que en la operación emplea,
Medida no halla que sea
De tal cual exactitud.
Uno que allí estaba viendo
De este necio la ocurrencia,
Perdiendo ya la paciencia,
Interrumpióle diciendo:
Si no es necesidad es locura
Que física ó moralmente
Medir el pequeño intente
Al de mayor estatura.

FABULA XVIII.
LAS DOS PERRAS.

Cierto día de verano
Y en la falda de unas sierran,
En conversación dos perras
Estábanse mano a mano.
Mastina, joven, valiente
Con los lobos cual ninguna,
Era resuelta la una
A la par que inteligente.
Largo hocico y mala traza
Tenía su compañera,

Mestiza, y que no dijera
El mismo Buffon su raza.
Con los perros acontece
Cual con hombre ó con mujer,
No siempre es fácil saber
A qué casta pertenece.
Digo que en conversación
Estaban los animales,
Y entre otras cosas formales,
Trataron de educación.
—Barato, paciente y diestro,
Para que enseñe a mi hijo,
Busco, la mastina dijo,
Hace días un maestro.
—¡Un maestro! tu estas loca,
Le replicó la mestiza,
Mira a ver si descuartiza
Un cabrito con la boca.
Si con un lobo la lucha
Puede fuerte sostener
Y las vacas defender,
Lo demás es paparrucha.
Yo nada enseño a los míos
Y ellos saben muy bastante:
Es idea extravagante
Dar en tales desvaríos.
Y es locura ese tu celo
Excesivo, aun para madre,
Como ha vivido su padre
Vivan, y como su abuelo.

Mas cuerda te creí; ¡Bah!
Deja tamaña quimera
Que si ello hacerse pudiera,
Otro lo hubiera hecho ya.
Lo que nadie osó intentar
¿Quién intentar imagina?
—Ello, dijo la mastina,
Por alguno ha de empezar.
Y cierto vale la pena
De buscar cosa mejor
Que la vida de un pastor,
No es a la verdad muy buena
Siempre por breñas y cerros,
Mucho lobo y poco pan,
No dice mal el refrán
Que dice: «vida de perros.»
Cuan distinta la existencia
Fuera de un perro instruido!
Carne, pescado, embutido,
Leche y queso con frecuencia,
Y grandes comodidades
De cama y habitación,
Con la sola obligación
De hacer sus habilidades.
—Cómo deliras! —¿Porqué?
—Eso que diciendo estás
Cierto no será jamás.
—La razón? —Que nunca fue.
—Y si fuese? —Bah! patrañas,
Digo que es liada ocurrencia.—

—Pues con toda tu prudencia,
Amiga mía, te engañas.
Sé de un perro que trabaja
De su amo en la compañía,
Y juega a la lotería
Y también a la baraja.
Entre más de cuatrocientas
Personas, mira uno el amo,
Y él corre y le lleva un ramo,
Y adivina y echa cuentas.
El hambre le es conocida
Solo por los demás canes;
Para otros llena de afanes,
Es dulce para él la vida.
Con esto su merced vea
Como el juicio no he perdido,
Y como el que no haya sido
No es razón de que no sea.
Como esta perra mestiza,
Quién no ha visto algún varón
Con su inflexible razón,
Y con su ciencia postiza!
Si mediano ó medianía
Tuviera que definir,
Como tengo de morir
A si lo definiría
Mediano cierto animal
Que se dice pensador,
Para quien innovador
Y loco ó necio es igual.

FABULA XIX.
LOS MONOS ARQUITECTOS.

De monos una cuadrilla
Gentes todas principales,
Quiso sentar sus reales
En un pueblo de Castilla,
No se sabe a punto fijo
El objeto del viaje,
Pero un grave personaje
Hablando del caso dijo:
Que venían a ensayar
De reforma un vasto plan
Que el gobierno de Tetuán
No quiso allí tolerar.
Según otro una cucaña
Buscaban los muy pillastres,
Y por no sufrir desastres
Dieron la vela hacia España.
Con refinada maldad
O con noble intento y puro,
Ellos a puerto seguro
Llegaron sin novedad.
Y en Castilla, como he dicho,
A muy poco de llegar
Quisiéronse avecindar
Por razón ó por capricho.
Pensaron y a fe con juicio,

Que a la sociedad naciente
Sería muy conveniente
Tener propio un edificio.
Si habla la historia verdad
Supusieron, ¡cosa extraña!
Que no se tiene en España
Idea de propiedad.
Pues llegados a un solar,
Sin preguntar por su dueño,
Con gran esfuerzo y empeño
Pusiéronse a trabajar.
Y fue grande su alborozo,
Y fue mucho su contento
Al hallar hecho el cimiento
Y aun de pared un buen trozo.
Cada cual ufano empieza.
Ponen manos a la obra,
Y en actividad les sobra
Lo que les falta en cabeza.
Entre todos se concierta
Como cosa muy urgente
De necesidad patente
Poner dintel a la puerta.
Mas halla la ejecución
Un grave tropiezo, y era
No hallar piedra ni madera
De oportuna dimensión;
Párase entonces la gente
Con desaliento profundo,
Mas cierto ingenio fecundo

Les propone un expediente,
 Únase cada fragmento
 Con diligencia oportuna.
 Y de muchas piezas, una
 Hágase, propia al intento,
 Y si cada cual se esfuerza
 Este consejo a seguir,
 Habremos de conseguir
Nuestro objeto, unión es fuerza,
 Esto ha dicho no se quien,
 Y tan sublime verdad
Si es cierta en la humanidad.
 Aquí lo será también.
Todos claman; ¡gran idea!
 Y secundando él intento,
Cada cual en un momento
Piedra abundante acarrea.
 El inventor muy paciente
 Y diestro las va casando,
—Ya está, dice al fin juzgando
 Que el tamaño es suficiente.
 —¡Alzad! La suerte corona
Nuestra constancia y ardor! —
 Levantán, pero oh dolor!
 La piedra se desmorona.
 Hay quien juzga casual
 La consecuencia precisa,
Y hacen otro ensayo a prisa
 Y otro, con éxito igual.
 Y sacan en conclusión

Con lógico rigorismo,
Que una piedra no es lo mismo
Que de piedras un montón.
Quién no ve en la sociedad
Por desgracia ejemplos mil,
Del cortés trato pueril
Sin cariño y sin verdad!
¿Hay para esperar razón,
Que ese remedo impostor
En los días de dolor
Consolará el corazón?
Y por ventura ¿ese impío
Mentir, afecto sublime
De una alma que triste gime
Podrá llenar el vacío?
Ni aun el corazón vulgar
Que esta farsa no importuna,
Si le deja la fortuna
Puede consuelos hallar.
Y esa dicha de retazos
Que algunos tienen por buena,
Cuando la desgracia truena
Cae deshecha en pedazos.
¿Si la experiencia cruel
Tiene esta regla en su abono,
Por qué imitamos al mono
Con la piedra del dintel?

FABULA XX.

EL GORRION Y LA HORMIGA.

Iba un día cierta hormiga
Del verano en lo más recio,
Sudando a más y mejor
Camino de su granero.
Salió al paso y la detuvo
Un gorrión muy atento,
Haciendo una cortesía
Cual pudiera un palaciego.
Ella fría contestóle
Fundada a lo que yo creo,
De previsor en la fama
Que goza en el mundo entero.
Se acercó el pájaro mas
Y dijo en sumiso acento,
—Yo voy, señora, a pedir
Un favor de mucho precio,
Y a su valor será igual
Mi gratitud y respeto.
Único, hermoso, querido,
Muy joven un hijo tengo
Y quisiera educación
Darle mejor que me dieron.
Se que debiera enseñarle
Yo mismo con el ejemplo,
Mas criéme en el desorden
Y reformarme no puedo.
Para corregir sus vicios
Halla poca fuerza un viejo,

Pero el rapaz no los tiene
Ni inveterados defectos,
Y al ver vuestra economía,
Vuestra exactitud y arresto.
Y que de previsión tanta
Por fruto debido y cierto
Tenéis la misma abundancia
En Agosto que en Enero,
Mientras el hambre devora
A todos sus compañeros
Que a centenares perecen
Si es riguroso el invierno,
Comprenderá cuanto importa
Ser parco en el alimento.
Si quisierais enseñarle
Su apetito conteniendo,
Con un año de lecciones
Y acaso, acaso con menos,
Llegara tal vez a ser
Un gorrión de provecho.
En cuanto a los honorarios
No dudéis que será el premio
Proporcionado al servicio
Que yo más que nadie precio.
Quiso excusarse la hormiga
Con mil frívolos pretextos
Que el pájaro con razones
Echaba por tierra luego,
Hasta qué al fin acosada
Díjole claro, no quiero.

Impelido el gorrión
Por el cariño paterno,
Escuchando la repulsa
Irritóse hasta el extremo
De amenazar con la muerte
Al desventurado insecto.
Ella al verle tan furioso.
Toda temblando de miedo,
Con tono humilde y contrito
Echóse a sus pies diciendo:
—Piedad, señor! Yo disfruto
La fama que no merezco,
Yo no guardo en el verano
Viveres para el invierno.
Que paso como dormida
En profundísimo sueño,
Y he aquí porque los rigores
Nunca del hambre padezco.

Admiróse el gorrión
Del revelado secreto,
Y aunque le pareció ver
En su energía y acento
El aire de la verdad,
Quedóse un tanto perplejo,
Lo cual notado que fue
Por el afligido insecto
Dijo: —Si por el temor
Habéis creído que miento,
Un sabio naturalista
Que vive de aquí no lejos,

Decir puede sobre el caso,
Lo que haya de falso ó cierto.
Parecióle al gorrión
Muy razonable aquel medio,
Y buscó al naturalista
Y hallóle por dicha luego.
Díjole en cuatro palabras
De educación su proyecto,
Las excusas de la hormiga,
Sus dudas y sus deseos.
El sabio le respondió:
—Dice verdad el insecto —
—Pero señor, todo el mundo
Piensa al revés. —Ya lo creo
Un hombre con ojos sanos
Ve más que un millón de ciegos.
Como juzgar quieren todos,
Y el observar es molesto,
A salga lo que saliere
Hora a diestro, hora a siniestro,
Al prójimo le atribuyen
Cualidades ó defectos,
Deprimiendo la virtud
O quemando al vicio incienso.
Y este mal, que ya es antiguo,
Tiene difícil remedio
Si no adquieren propia voz
Los hombres que ahora son ecos.—
Despidióse el gorrión
Cabizbajo al oír esto,

Y cuando estuvo a sus solas
Dijo para su colete:
—Así de prudente y grave
Fama se adquiere y provecho.
¡Así se juzgan las cosas!
¡Pues señor, estamos frescos!
Según me ha dicho este hombre
Que parece hombre de seso,
En el mundo se equivoca
Lo blanco con lo que es negro,
Y si persisto en buscar
Mentor a mi rapazuelo
He de hallar muchas virtudes
Como esta del hormiguero.

FABULA XXI.
EL DAGUEROTIPO Y LA PINTURA.

Orgullosa la pintura
Al daguerotipo dijo:
Por más que te empeñes, hijo,
No llegarás a mi altura.
Al vulgo retratarás,
Que al vulgo desdeño yo,
Pero a la gente de pro
A los príncipes, jamás.
Tu tamaño reducido...
Luego, el no poder mirarte
Como a mí de cualquier parte...

La falta de colorido...
Trabajas con equidad,
Por eso has hecho fortuna,
Mas no tiene duda alguna
Que sin color no hay verdad.
Y aunque a veces a tu ruego
Ilumino tus monotes,
¿Quién no ve que son pegotes.
Si idiota no es ó está ciego?
—Bien, dijo el daguerotipo,
Aun cierto el hecho en cuestión
Amiga, de tu opinión,
Dispensa, no participo.
Juzgas que celebridad
Entre los grandes no adquiero,
Porque no soy verdadero,
Y es porque digo verdad.
Es porque a mentir no acierto,
Y al contemplar su retrato
Se encuentra chato el que es chato,
Y sale tuerto el que es tuerto.
Por una inflexible ley
Sin consultar su nobleza,
Trato con igual llaneza
Al pordiosero y al rey,
Y no cual tú en mentir diestro,
¡Cuántas veces he copiado
El semblante del malvado
Como era, vil y siniestro!
Nada hay en ello que asombre

Obedeciendo los dos,
Yo a la voluntad de Dios,
Tu a la voluntad del hombre.
Quien tesoros acumule,
En el lienzo ó el papel,
Con la pluma ó el pincel,
Puede pagar quien le adule.
Y en este mundo embustero
Segura cosa es también,
Que nunca ha de faltar quien
Mentiras de por dinero.
Si tú conservas la palma,
Es que el hombre en su abyección
No quiere mostrar cual son
Ni su cuerpo ni su alma.

FABULA XXII.

EL TEMPLE.

—¿Decidme, por qué razón
Uno al hierro, otro al acero
Comparaba D. Antero
A Nemesio y a León? —
—Porque con los dos metales
Gran semejanza se advierte,
Uno débil, otro fuerte,
Vinieron al mundo iguales.
Fiero, de altivo mirar,
De indomable corazón,

Lima parece León
Que no se deja rayar.
Mas patente ser no puede
En los dos la diferencia,
Nemesio sin resistencia
Dóblase al instante y cede.
—¿Por qué tan débil será
Y el otro tan esforzado? —
—Muy sencillo, está templado
Uno, el otro no lo está.
—¿Mas cuál fuerza esa eficacia
Tiene? decidme su nombre,
¿Quién ese temple da al hombre?
—Hijo mío, la desgracia

FABULA XXIII.
EL MURCIÉLAGO Y EL RUISEÑOR.

—Oh! Enojosa luz del día!
Del sol horrible presencia!
¡Y cuan dulce la existencia
Sin vosotros gozaría!
Entonces con libertad
Saliera yo a cualquier hora,
Sin huir, como hago ahora
La enemiga claridad!
¿La Providencia está ciega?...
Si la Providencia existe,
¿Cómo en mi querella triste

Siempre justicia me niega?

Esto un murciélago dijo

Poco antes de amanecer,

Al tiempo de irse a meter

Cual solía, en su escondrijo.

Escuchóle un ruiseñor

Causándole indignación

Ver con qué poca razón

Blasfema del Criador.

Y díjole: —Miserable!

Cómo has osado juzgar

Lo que no puede alcanzar

Tu pequeñez despreciable?

¿Ni tu estólida osadía

Cómo conseguir pretende

Porque tus ojos ofende,

Que en noche se torne el día?

¿Sabes que si complacerte

Quisiera Dios por capricho,

Necio y repugnante vicho,

Hallaras luego la muerte?

A ti insolente hablador

Fuérate el cambio fatal,

Que si la luz te hace mal

Has menester el calor.

¿Quién en más de una ocasión

No ha visto la copia fiel

Del murciélago en aquel

Que maldice la razón?

Qué hicieras sin ella, di,

Maldiciente, a quién deslumbra?

Ella a unos pocos alumbra,

Y estos te guían a ti.

FABULA XXIV

LOS MONOS FABRICANTES.

Dos monos allá en Tetuán,

Personas muy principales,

Eran en todo rivales

Y en todo con grande afán.

Dióles la rivalidad

Por hacerse a estos señores

De la industria protectores

Con pública utilidad.

Los ilustres adversarios

Dos fábricas de tejidos

Establecen, escogidos

Llevando los operarios.

Pero el más inteligente

Ni con mucho se aproxima

A los productos que el clima

Exige, en extremo ardiente.

¿Cómo hacer telas ligeras,

Decían con impaciencia,

Si absoluta es la carencia

De las materias primeras?

Y habiendo reflexionado

Los directores rivales,

En busca de materiales
Mandan su comisionado.
El uno teniendo en cuenta
No más de la economía,
A un mono ignorante envía
Que con poco se contenta.
El otro un mono instruido
Busca para esta misión,
Dando por comisión
Salario fijo y crecido.
Vienen a comprar a España.
Pagando en buena moneda,
Uno capullos de seda,
Y el otro telas de araña.
¡Qué compra! decía el necio,
¡Qué sutil saldrá el vestido!
¡Si está ya medio tejido!
¡Y por tan ínfimo precio!
Llegan al suelo natal
Con feliz navegación,
Y cuenta de su misión
Pónese a dar cada cual.
Entonces el gran señor
Que por ahorrar dinero
Se valió de un majadero,
Conoce tarde su error.
Con paciencia y capital
Pagó tan gran necesidad,
Dejando la utilidad
Y la gloria a su rival.

Su parte a la inteligencia
Negándole, como el mico,
Siempre le parece al rico
Que exige mucho la ciencia,
Y su obtuso entendimiento
No ve que en un solo día
Destruye la tontería
Mas que exigiera el talento

**

EL MONO ARTISTA.

Recorría la Europa cierto mono
Para estudiar los usos y las leyes,
Mandado expresamente por sus reyes.
Persona distinguida y de buen tono.
Ansioso de llenar debidamente
La regia comisión a él confiada,
Desde el alba a la noche muy entrada
Corría a verlo todo diligente.
Bibliotecas, escuelas, parlamentos,
Fábricas y talleres y hospitales,
Colecciones de plantas y animales,
Teatros, arsenales, monumentos.
En fin, cuanto notable hay y curioso
Para el hombre de ciencia ó el artista,
Filólogo, mecánico ó humanista,
Lo veía ó miraba cuidadoso.
Llegó un día, si acaso no se engaña
La relación que sus viajes cuenta,
De este siglo en el año de cuarenta
A casa de un pintor, aquí en España.

Presentóle cual grave personaje,
Otro mono de entrambos conocido,
Acogióle el artista muy cumplido
Juzgando solamente por el traje.
Sus pinturas solícito le muestra
De mérito y tamaño diferente,
Y una entre las mejores excelente,
De Murillo inmortal obra maestra.
No sé por qué razón ó que capricho
Cubierto con un lienzo barnizado,
En lugar preferente y elevado
Había puesto el cuadro susodicho.
Y en la cubierta misma un agujero
Que una parte tan solo ver dejaba,
Mas que el mérito grande revelaba
Que podía tener el cuadro entero.
Sin echarlo de ver pasó adelante
El viajero ilustre y no ilustrado,
Que había grandemente exagerado
El mérito de todo lo restante.
Vele pasar, y admírase el artista
Que tal desvío a comprender no acierta.
—La parte de ese cuadro descubierta
No hará, señor, que en él fijéis la vista?
¡Oh! reparadle bien. —No me parece,
Dijo con el desdén de la ignorancia,
Que desatino tal ó extravagancia
Ni profunda atención, ni honor merece.
Un pie, y unas narices, y una mano
Al parecer de hombre, y el hocico

De un perro con la pata de un borrico
Revuelto, es un potaje soberano.
Pues si esto es en el plan, las proporciones
Corresponden al plan perfectamente.
¡No ver que ese tamaño no consiente
Pintar las naturales dimensiones!
Y habiendo interpretado así del arte
Las reglas en discursos indigestos,
Hizo una cortesía, cuatro gestos,
Y se fue con la música a otra parte.
Sin duda es bien ridículo este mono;
¿Pero es más razonable la arrogancia
Con que la filosófica ignorancia
Habla del Criador en grave tono?
«¿Y por qué ha de haber mal gritan en necio?
»¿Y por qué su existencia Dios consiente?
»¿E1 gran Ser bueno, sabio, omnipotente
»Verá nuestros dolores con desprecio?
»O no puede, ó no quiere: lo primero,
»Contra su omnipotencia nos arguye;
»La bondad lo segundo en él excluye.»
Esto dicen los sabios de agujero.
¡La creación! El gran cuadro cubierto
Cuya mínima parte ver es dado
¿Qué medio el hombre ciego, limitado,
Tiene para juzgarle con acierto?
Saber que hay más allá, ¡cuán vano empeño!
El buen sentido y la razón advierte
Que en tal empresa es débil el más fuerte,
Y más grande quien siente que es pequeño.

Por eso fuera bien bajar el tono,
No ridículo ser ó pernicioso,
No echarla en cosas graves de gracioso,
Ni sacar consecuencias a lo mono.

FABULA XXV.

EL ANTEOJO.

Juan y Pedro, una disputa
Trabaron estrepitosa,
Sobre si grande una cosa
Era, ó si era diminuta.
La mano en el corazón
Juraban decir verdad
Ambos con sinceridad,
Y uno solo con razón.
Miraban con antejojo,
Estando todo el secreto
En que el vidrio del objeto
Aplicaba Juan a el ojo.
—¡Que es muy grande, voto a Cristo!
Exclamaba, miente el culto.
No es error, es un insulto
Negarme lo que yo he visto. —
Y no le hicieran creer
Aun rompiéndole la crisma,
Que no es una cosa misma
El tener ojos y el ver.
Necio que las cosas ves

Del sabio en contradicción,
¿Habrá en tu organización
Un antejo al revés?

FABULA XXVI.

LOS SENTIDOS.

Trabajé ayer con ahínco
Los sentidos por contar,
Oír, oler y gustar,
Tocar y ver son los cinco.
Mi maestro D. Fortun,
Asegura que no hay más;
Papá ¿decirme querrás
Dónde coloco el común?
—D. Fortun habló en razón,
Dio la regla general,
Ese sentido ideal
Se tiene por excepción.
—De hablar son extraños modos.—
¿Por qué común le dijeran?
—Porque tenerle debieran,
No porque le tengan todos, —

FABULA XXVII.

EL CHAPARRON DE LAS TRUCHAS.

Había en una ocasión
En casa de cierto conde,

Que vive yo no sé dónde,
Numerosa reunión.
Por costumbre que a ley pasa,
Y en verdad muy racional,
A las once, cada cual
Retirábase a su casa.
Pues bien: las once sonaron,
Para otra noche aplazada
Dejaron una charada,
Y todos se levantaron.
Uno de los concurrentes
Oyó un extraño ruido,
Aplicó atento el oído,
Y exclamó ¡llueve a torrentes!
Fue general la sorpresa
Habiendo todos dejado
El cielo muy despejado;
Y dijo así la condesa.
—Mientras aclara la noche,
Tomad, señores, asiento
Porque no tengo (y lo siento)
Para conducir os coche.
Si sigue la tempestad,
Preparando están la cena,
Aunque no será tan buena
Como lo es mi voluntad. —
A este agasajo sincero
El valor dan que se debe.
Mas juzgan pasará en breve
Por ser fuerte el aguacero.

Y siéntanse muy serenos
A esperar cerca del fuego,
Que deje de llover luego,
O que llueva un poco menos.
Uno que a cansarse empieza
—Quiero ver el chaparrón
Dijo: y abriendo el balcón
Sacó fuera la cabeza.
Pues señor, ó no sé jota,
O no hay nubes en el cielo
Y sequísimo está el suelo
Y de agua no cae gota. —
Dice: y vánse de contado
Todos al propio balcón,
Y con grande admiración,
Ven que está el cielo estrellado.
Causales no poca risa
El quid pro quo singular,
Y tratan de averiguar
La causa, aunque estén de prisa,
Pero esta causa ¿cuál era?
Sencilla como otras muchas,
Que estaba friendo truchas
Marica la cocinera.
Y el tal pescado al caer
En el aceite que hervía,
Un ruido producía
Semejante al de llover.
Y era tal la semejanza
Al través de las paredes,

Que (no lo tomen ustedes
A ponderación ó chanza)
El más perspicaz oído
Puesto en igual condición.
La mismísima ilusión
Por verdad hubiera tenido.
Imagine cada cual,
Si en la cosa más sencilla
(Testigo esta fabulilla)
Hay riesgo de juzgar mal.
Si en el ejemplo en cuestión
Uno de esperar cansado,
A él no se hubiera asomado,
O si no hubiera balcón,
Cenaran de buena gana,
Marcháranse a recoger.
Y aquel soñado llover,
Juraran por la mañana.
Esto recuerda el calor
Con que gritan satisfechos
Ciertos prójimos: los hechos,
Pero los hechos, señor!
Si yo solo de hechos trato
Y confirman mi opinión.
¿Dónde está la observación
De esos hechos, mentecato?
Tienes tu seguridad
Que un hombre sea el que fuere.
Cuando un hecho te refiere,
No ha faltado a la verdad?

¿Y si verídico fue
Afirmarás por ventura,
Que un error no te asegura,
Iluso de buena fe?
¿Ignora tu insuficiencia
Los hechos al invocar,
Que la ciencia de observar
Es de muy pocos la ciencia?
Difícil la observación,
Escasa la voluntad,
Grande la comodidad
De tener fija opinión.
Por eso cunde el error
Llegando a nuestros oídos
Estos gritos repetidos:
¡Pero los hechos, señor!
A ellos debe responder
El hombre cuerdo y machucho:
—Los hechos enseñan mucho,
Pero es a quien sabe ver. —

FABULA XXVIII.
EL HIERRO Y EL TOPACIO.

Por qué tan preciso al mundo
Dijo el hierro amostazado,
Soy menos que tu pagado
Y excito desdén profundo?
Ni cabana, ni palacio,

Existir puede sin mí,
¿Tú para que sirves, di?
Y le respondió el topacio:
Una sencilla verdad
Te dará la explicación:
Tu sirves a la razón,
Yo sirvo a la vanidad.
Fijos dos hechos verás
Aunque de justicia ajenos,
Que la razón paga menos,
La vanidad paga más.

FABULA XXIX.
EL CORDERO CON GARRAS DE LEON.

Sintiéndose enferma, vieja,
Y viendo cerca la muerte,
Con harto pesar advierte
Su fin próximo una oveja.
Y si el momento postrero
Mira con dolor profundo,
Mas que por dejar el mundo
Es por su tierno cordero.
De los peligros el nombre
Dice, ignoras, pobre bobo,
Lo que es el hambre en el lobo
Y lo que es gula en el hombre.
Mas yo sé dónde te dejo
Y poco en la suerte espero,

Pues como el rey, el carnero

Rara vez muere de viejo.

Afligida y pesarosa

Inclina la triste frente,

Mas le ocurre de repente

Una idea luminosa.

¡Idea de salvación!

¡Consuelo a mal tan acerbo!

Exclama, sí, yo conservo

Las garras de un gran león.

¡Ah! Mi corazón predijo

Cuando las oculté un día

Que con ellas dar podría

Defensa a mi pobre hijo!

Hace un esfuerzo postrero,

Las busca en pocos instantes,

Y a la manera de guantes

Se las coloca al cordero.

Sale el pobrete a campaña

Y aunque tarde, echa de ver

Que en quererle defender

Así, su madre se engaña.

Véase tan embarazado

Con las garras para andar,

Que aun queriéndolo evitar

Quédase atrás rezagado.

Y cuando su madre llena

De dulce consuelo espira

Porque seguro le mira,

Sirve a los lobos de cena.

Que si el maternal amor
Por disculpable quimera
Le dio las garras de fiera,
No la fuerza ni el valor.
Siempre un éxito fatal
Guarda la naturaleza
Al que incurre en la torpeza
De olvidar su natural.
En llegando la ocasión,
El más vano y altanero
Hará lo que hizo el cordero
Con las garras del león.

FABULA XXX.

EL VASO ROTO.

Un chico travieso y tal
Como los más suelen ser,
Por jugar ó por correr
Rompió un vaso de cristal,
Era grande, hermoso, claro,
Suspirando, se decía,
Tan hermoso, que a fe mía
Hubo de costar bien caro.
¡Bien caro, válgame Dios!
¿Y qué habré de responder?...
Mas se puede componer...
Solo se ha partido en dos.
Guardaréle, sí, mi madre

Quien le componga hallará;
Y en esto pensando está
Cuando aparece su padre.
Algo al verle se asustó
De aquella visita ajeno;
Mas como el hombre era bueno
El muchacho no mintió.
—Padre, tendrá compostura,
Será menor así el mal.
—No, hijo mío, que el cristal
Tiene mala soldadura.
—Pues vi componer un jarro,
Y una fuente, y un barreño
Muy grande, y otro pequeño.
—Cierto, porque eran de barro.
Y aunque es posible quizás
Del cristal la compostura,
Quedará poco segura,
Siendo inútil además.
De barro una tosca pieza
Sirve aunque esté remendada;
Mas condición no escusada
Es en cristal la belleza.
Conserva roto ese vaso,
Encierra en ti una lección
Que si tienes corazón
Un día te vendrá al caso:
Como el barro compostura,
Tiene en nuestra sociedad
Toda vulgar amistad,

Y rota y compuesta dura;
Pero no siendo vulgar,
Si fuere grande, sublime,
Y se rompe, sufre y gime,
Mas no la quieras soldar.

**

LA ENVIDIA Y LA VANIDAD.

Dicen que un día en el Olimpo
Armóse gran tremolina
Entre dioses, semi-dioses,
Héroes y demás familia,
Y era la causa del mal,
Según una historia afirma
Las disputas y los cuentos,
Los chismes y las rencillas,
Que perversas atizaban
La Vanidad y la Envidia.
No era la primera vez
Que el cotarro revolvían,
Y Júpiter aburrido,
Por quitárselas de encima
A la tierra las mandó.
;Lindo regalo a fe mía!
Fueron perversas abajo
Las que eran malas arriba,
Y cada una por su lado
Tales estragos hacían
Que fue preciso remedio
Arbitrar, y a toda prisa.
Júpiter manda al Desprecio

Que las custodie y las siga,
Y porque sea más fácil
Guardar a las susodichas,
Que atadas una con otra
Siempre caminen unidas,
Con lo cual, ya que no todo
Gran parte del mal se evita
Y así, desde aquella fecha.
Si no por afecto amigas,
Son por fuerza compañeras
La VANIDAD y la ENVIDIA.

FABULA XXXI.
LA TORRE CUADRADA.

Habrás lector oído,
Si no, lo oyes ahora,
Que una torre cuadrada
Por ilusión de óptica
Al que la ve de lejos
Parécele redonda.
Lo propio sucedióle
A Juanito Carmona,
Que a creer se negaba
Su verdadera forma.
Los ángulos de cerca
Al fin mira y se asombra.
Dijo entonces su padre:
—Ten presente una cosa

Que sucede en el mundo
Lo propio a las personas.
Las esquinas de lejos
Parécete redondas,
Te acercas y tropiezas,
Te lastimas y lloras.
Juzga siempre de cerca,
A distancia muy corta,
Mira, y a mirar vuelve,
Que aun así nada sobra.

FABULA XXXII.
EL LOBO MURMURADOR.

Entre las breñas de un cerro
Un día de gran nevada,
Un lobo a su camarada
Hablábale así de un perro:
—Es un maldito vecino,
Tan camorrista y cruel.
Que para estar libre de él,
Ya se necesita tino.
Ladrador para la gente,
Entrometido, goloso,
Suspica y cauteloso,
En fin, un perro indecente.
Pasaba en esta ocasión
Cerca de allí una raposa,
Paróse un tanto curiosa,

Y al oír la acusación
Dijo para su colete:
—Anda que te crea un bobo,
Perro a quien acusa un lobo
Debe ser perro completo.
En caso próspero ó adverso
No echarás nunca en olvido,
Que es elogio el más cumplido
La censura del perverso.

FABULA XXXIII.

EL. PAJARERO.

En cierto lugar había
Un ricacho solterón,
Con la más rara afición,
O si se quiere manía.
Y era pájaros juntar,
Con maña domesticarlos,
Y aun algunos enseñarlos
Palabras a pronunciar.
Paróse allí un viajero
Sabio, modesto e ignorado.
Hablárosle de contado
Del famoso pajarero.
Ansioso de conocer
Cuanto hallare útil ó extraño,
Y por no sufrir engaño,
Fulo por sí mismo a ver.

Pájaros halla en la era,
Pájaros doquier que pasa,
Estando toda la casa
Convertida en pajarera.
Mas cuando crece su pasmo,
Es al escuchar al dueño
Que le habla con grande empeño,
Con increíble entusiasmo.
—Oh! le dice: es compasión,
Porque tú, señor, no sabes
Lo que ser pueden las aves
Dándoles educación.
Mil especies que hoy se crían,
Y viven abandonadas,
Si estuvieran educadas.
No lo dudes, hablarían.
¿En la rama de abedul
Ves esa ave no pequeña,
Que batiéndolas enseña,
Sus alas de hermoso azul?
Un año hará para mayo
Que la enseño cual se debe,
Y espero que hablará en breve
Tan bien como un papagayo.
—Escucha, santo varón,
Respondióle el viajero,
Que tu paciencia y dinero
Gastas con tal profusión.
De quien la dicha se labra
Con que así extiendas profuso,

No ya de razón el uso
Mas solo el de la palabra?
En vez de enseñar a hablar,
Fueras a la humanidad
Muy más útil en verdad
Si enseñaras a callar.

FABULA XXXIV.
EL VIDRIO Y EL BRILLANTE.

En el punto culminante
De una corona imperial,
Un pedazo de cristal
Tenido fue por brillante.
Y de precio muy subido
Estaba en un muladar
Un brillante, que apreciar
Ninguno había sabido.
Este cambio estrafalario
Años y siglos durara,
Si al muladar no llegara
Cierta día un lapidario,
Que observando por acaso
El vidrio dé la corona,
Por todas partes pregona
Ser puro fondo de vaso.
Desmintieronle; ¿en lugar
Tan alto, tan baja cosa,
Y otra tan rara y preciosa

En un sitio inmundo estar?
¡Absurdo! Barbaridad!
Y aunque era el hombre marrajo,
Costóle mucho trabajo
Probar que hablaba verdad.
Y es que los hijos de Adán
No aprecian como es razón,
Las cosas en lo que son
Sino el lugar donde están.

FABULA XXXV.
EL JUGADOR AFORTUNADO.

Con indecible alegría
Tuvo un joven la noticia
De que la suerte propicia
Le premió en la lotería.
Toma en duros un millón,
Lleva a su padre el dinero, —
Que en tono grave y severo
Dale esta santa lección.
—Dime ¿palabra formal
No me has dado de enmendarte
Y al juego la menor parte
No exponer de tu caudal?
—Tengo a más favor derecho,
Yo jugué sin duda alguna,
Pero gané. —Y la fortuna
Acaso varía el hecho?

Una acción mala no es tal
Del éxito coronada?
Tu falta fue calculada
Y el acierto casual.
Como este justificados
Hállanse pocos varones,
Que juzguen por las acciones
Y no por los resultados.
Si quieres ser justo advierte
Que en el caos más profundo,
Confundida está en el mundo
La prudencia con la suerte.

FABULA XXXVI.
LOS HIJOS DE LUCIA.

Preguntábanle a Lucía,
Madre de dos rapazuelos
Iguales, eran gemelos,
Cómo ella los distinguía.
—Muy fácilmente a fe mía.
—No hallo yo tal diferencia.
—La razón en mi conciencia
Está al alcance de un niño.
Señor, en todo el cariño
Ve más que la indiferencia.

FABULA XXXVII.
LA FUENTE.

Sostenía Don Cipriano
Que el agua de cierta fuente,
Se encontraba más caliente
En invierno que en verano.
Quiso su interlocutor
Saber por cuál ilusión,
Apariencia de razón
Tenía tamaño error.
—Si la mano en el estío,
Gravemente respondió,
Mete V. cual meto yo,
Verá qué terrible frío.
Si un día de invierno crudo
Repite la operación,
De calor grata impresión
Sentirá. —De ello no dudo.
Refiriéndose a la mano,
Grande el error ser debía,
Estando en invierno fría
Y caliente en el verano.
Sabiedo vuestra prudencia,
Parécenle sorprendente,
Que atribuyáis a la fuente
Y no a vos la diferencia. —
Sólido fue el argumento,
Mas aun así no bastó,
Como dicen, no cayó
El hombre de su jumento.
Hasta que en Julio y Enero,

El termómetro aplicando,
Y al buen sentido apelando,
Salió de su error primero.
No miremos con desprecio
Aunque el caso nos asombre,
La razón de este buen hombre,
No era, ni con mucho, un necio,
Pero arraigado y profundo
Está en todos cierto vicio,
Y es al formular un juicio
Hacerse el centro del mundo.
Convertirnos en medida
Que a todos se ha de aplicar,
Y vida y razón juzgar
Por nuestra razón y vida.
Trasformar las sensaciones
Como el héroe de este cuento
En apoyo y fundamento
De extraviadas opiniones.
Pensemos que al juzgar mal
Con propio y ajeno daño,
Para enmendar el engaño.
No hay termómetro moral.

FABULA XXXVIII.

EL RETRATISTA.

Quiso retratarse un tuerto,
—Llamó al efecto a un pintor,

Y no tuvo el buen señor,
En verdad muy buen acierto.
Retratóle de perfil
Del lado del ojo sano
Y el hombre le dijo: —Hermano
Este no es Mateo Gil.
Y es grande puerilidad,
Tuerto soy de todos modos,
¿Cuándo pueden verla todos,
A qué ocultar la verdad?
Venga pues otro retrato.
Que pronto a pagarle estoy,
Mas no quiero por quien soy
Pasar por un mentecato.—
Y haciendo nuevo concierto
El pintor adocenado,
Lleva el perfil dibujado
Del lado del ojo tuerto.
Gil le dice —pues reniego
De tan singular artista;
¿Conque allí con buena vista
Aparezco, y aquí ciego?
Es una idea excelente,
Y de admirarla no acabo,
O no te doy ni un ochavo.
O me retratas de frente.
—En subterfugios sutiles
A qué andar, es escusado.
Confieso a usted mi pecado,
No sé hacer más que perfiles.—

Lo mismo que este pintor
Hace el vulgo de los jueces,
Perjudicando unas veces,
Y otras haciendo favor.
Y es absurdo, vive Dios,
Que por torpeza ó por dolo,
Nos pinten de un lado solo
No siendo iguales los dos.

FABULA XXXIX.
EL PERRO HAMBRIENTO Y EL HARTO.

Ello no se sabe cómo
Un perro de nariz lista,
De una despensa provista
Robó de cerdo un gran lomo.
De aquellas tajadas tiernas
Llenar la tripa vacía
Pensaba, y se relamía
Huyendo rabo entre piernas.
Cuando en paraje se vio,
Seguro a su parecer,
Ansioso empezó a comer,
Y un amigo que le vio
Perro de una solterona,
Que harto por demás estaba
Dormía en cama, y pasaba
La vida más regalona;
Viendo con qué buena gana

Cuenta iba a dar de su presa.

Dijo, —veo con sorpresa

Que no piensas en mañana.

Comes hasta reventar

Y es bien absurdo a fe mía,

Sabiendo que al otro día

No tienes para almorzar.

Un poco de sobriedad

Cual perro avisado ten,

Mañana te sabrá bien

Encontrar la otra mitad. —

—Quien tal absurdo aconseja

Y en ese tono tan grave,

Respondió el otro, no sabe

Lo que puede el hambre añeja.

Al que desde la niñez

La tripa vacía tenga,

No hay cosa que le contenga

Si puede hartarse una vez.

Vicio se llame ó delito

Es más fácil en verdad.

Sufrir la necesidad,

Que enfrenar el apetito.

—Fuera, dijo el regalón,

Insistir tiempo perdido;

Eres perro envilecido

Digno de tu condición.

Diciendo esto se alejó.

A poco murió su ama

Y ni regalos ni cama,

Ni aun que comer encontró.
Tras muchos días hambriento
Logró hacer una gran presa,
Y dándose a comer priesa
Devoróla en un momento.
El otro que fue testigo
De su gran voracidad,
Díjole: —¿y la sobriedad
Que predicabas, amigo?
—Ah! replicó el consejero,
Muy necio fui, bien lo sé
Cuando de males hablé
Que yo no sentí primero. —
Es tan común como injusto
De un cuitado al ver la pena,
«Su conducta no fue buena»
Exclamar con ceño adusto.
Tu que así airado repruebas,
Que acusas con acritud,
Dime, ¿tu austera virtud
Ha sufrido muchas pruebas?
Tu que exiges heroísmo,
Que juzgas con tal rigor,
Fueras acaso mejor
Viéndote en el caso mismo?
No condenes con dureza
Creyéndole pervertido,
Al mísero que ha sufrido
La desgracia y la pobreza.
Y cuando tu fallo des,

No te olvides de una cosa,
Que es la culpa muy dudosa
Y que el dolor no lo es.
Casi siempre es injusticia
La austera severidad,
Y la dulce caridad
Es casi siempre justicia.

FABULA XL.
LOS NAUFRAGOS.

Una venturosa tropa
De activos aventureros,
Después de allegar dineros
Daba la vuelta hacia Europa.
Uno con menos vehemencia,
Se afanó por juntar oro
Buscando ansioso el tesoro
Que instrucción se llama y ciencia.

La es t raña resolución
Reprueban sus camaradas,
Llamándole a carcajadas
Por mote D. Excepción.
Como en casos semejantes
Sucederá al que así obre,
El volvió instruido y pobre,
Ellos ricos e ignorantes.
Dice un presencial testigo,
Que aquella hueste opulenta,

En un buque por su cuenta
Su haber embarcó consigo.
Y que a gran proximidad,
Del patrio y querido suelo,
De nubes se cubre el cielo
Y ruge la tempestad.
Las olas embravecidas
Lanzan la nave a una roca,
Y con fatiga no poca,
Los hombres salvan las vidas.
De aquel peligro en presencia
Dejan todo su tesoro,
Los que eran ricos en oro;
Nada el que era rico en ciencia
Este encuéntrase al momento,
Medios de vivir honrosos,
Ellos por los vergonzosos
Hallan apenas sustento.
En época depravada
Por el culto del metal
Presentar ejemplo tal.
Se juzgará inocentada.
Pero en época ninguna
Es razón cifrar el bien
En lo que el menor vaivén,
Arrastra de la fortuna.
Y el que de ello esté en edad,
Formar procure en sí mismo
Un tesoro que al abismo,
No lance la tempestad.

FABULA XLI.
LOS DOS PERROS.

Dos perros, uno sapiente
Y otro que nada sabia,
Estaban hablando un día
De su vida diferente.
Lamia, dijo el primero,
Está llena de delicias,
Hácenme todos caricias,
Cómo bien, y cuanto quiero.
—Pues yo, exclamaba el segundo,
Hambriento y apaleado.
Soy el más desventurado
Perro, que existe en el mundo.
—Mi amo, el sapiente añadió,
Bien puede enseñarte a ti;
Si aprendes, como aprendí,
Estarás como estoy yo.
Trabajando con afán,
Te instruirías de contado,
Y cuando estés educado,
Vivirás como un sultán.
—Yo educarme! ¡Qué ocurrencia!
En vano, amigo, te empeñas,
Bailar Entender por señas...
¡Pues ya es menester paciencia!
—Entonces ¿por qué te quejas

Si por vivir en holganza
La más risueña esperanza
Indolente y necio dejas?
Como el perro observo yo,
Que todos quieren tener
Las ventajas del saber,
Pero su trabajo no.

FABULA XLII.
LA ROSA Y LA ESPINA.

De tentarle muy capaz,
Cogió una rosa un rapaz
De mayo cierta mañana.
El triste no imaginó
Que en objeto así precioso,
Nada hubiera de dañoso,
Y una espina se clavó.
—Padre ¿a qué tanta belleza?
Si hace daño ¿a qué ese olor?
—Hijo el placer y el dolor,
Mezcló la naturaleza.
Misterio en verdad profundo,
Pero como en el rosal,
Mezclados el bien y el mal
Has de encontrar en el mundo.

FABULA XLIII.
LA PARCIALIDAD.

Por los relieves de un plato,
Resto de una gran merienda,
Armaron brava contienda
Un perro chico y un gato.
El perro anterioridad
Alega de posesión
Y alegaba con razón,
Que era la pura verdad.
Pero no habiendo testigo
Que en su apoyo depusiera,
Agriase más la quimera
Y llega un nuevo enemigo.
Este ignora la cuestión,
Causa de tanto furor,
Mas del compadre en favor
Falla sin apelación.
El perro cuando esto oyó
Dijo: —Son dos y yo uno,
Alejarme es oportuno—
Y a fuer de prudente huyó.
Entonces el gato juez,
Muy grave punto por punto
Enteróse del asunto
¡Y era buen tiempo pardiez!
Muchas veces con pasión
Lo propio el hombre ejecuta
Atendiendo a quien disputa
Y no a quien tiene razón.

FABULA XLIV.
EL OSO ACUSADO POR EL BUEY
y defendido por el lobo.

Dio en ser carnívoro un oso
Y tanto daño causó,
Que en breve se le formó
Un proceso ruidoso.
Fijó en breve el tribunal
Para ver su causa día,
Un lobo le defendía
Y era un manso buey fiscal.
Siendo de entrambos notorio
El carácter y el instinto,
Hablar en tono distinto
Oye absorto el auditorio.
Trata el lobo de piedad,
De compasión, de ternura,
Y cuanto es sublime y pura
La dulce fraternidad.
Y como debe obtener
Clemencia su defendido;
Aunque un momento en olvido
Haya puesto su deber.
El buey habla de castigo,
De justicia y escarmiento:
Fin merecido y sangriento
Pide para su enemigo.
Al que osó de aquella suerte

Hollar la ley natural
Haciendo a su raza mal
Es poco darle la muerte.
Había en la concurrencia
Oyendo el célebre juicio
Un cachorrillo novicio
Sin mundo y sin experiencia.
Que a defensor y fiscal
Oyendo hablar, el muy bobo,
Creyó que era manso el lobo
Y el buey un fiero animal.
Con tus juicios más cuidado,
Díjole su madre, ten
Que suele serlo también
El que defiende a un malvado.
Indicio es, y muy fatal,
Encontrar del mal escusa;
Quien al malvado no acusa
No aborrece mucho el mal.
En vez de esa compasión
Del crimen en la presencia,
El bueno por excelencia
Ira siente, indignación.
Es del malo el egoísmo
Quien le impele a ser clemente
Con el crimen, porque siente
Que se defiende a sí mismo.
Esa gran facilidad
Que absuelve el crimen ajeno,
Bondad indica en el bueno,

Y en el perverso maldad.

FABULA XL.

EL ARTISTA Y EL ARTESANO.

Murió, yo no sé en qué parte,
Un escultor afamado
Muy digno de ser contado
Entre los genios del arte.
Vendió al punto el heredero
Sus estatuas de más precio,
La más bella compró un necio
Escultor muy chapucero.
Y sin que nada le arguya
Sobre el caso la conciencia,
Tiene la bella ocurrencia
De hacerla pasar por suya.
—Falta el ropaje y un pie,
Pues bien, lo hago en un momento
Como propia la presento
Dice, y fama ganaré.—
El robador, dicho y hecho,
(Aprisa que el tiempo apremia)
Vístela, y en la Academia
La presenta satisfecho.
Ábrese la exposición,
Pasan los indiferentes;
Mas de los inteligentes
Fija al punto la atención.

—Que es obra dicen, se ve
De un artista de talento
Fuera en verdad un portento;
Pero ese traje... ese pie...
Y era así, que el personaje,
Destello de un genio audaz.
Raro y grotesco disfraz
Tenía en vez de ropaje.
Llegó el día señalado,
Váse en fin el premio a dar,
Mas su fallo al pronunciar,
Duda el imparcial jurado.
—Bella estatua! obra maestra!
Dicen, no tiene rival,
Pero ese traje fatal
Grande estupidez demuestra.—
De los jueces un señor
Que sin duda nació juez
Les dijo: —Por esta vez
Llamemos aquí al autor.
Vuestra noble probidad
Trate, como a ello se inclina,
No de seguir la rutina
Sino de hallar la verdad.
Tiene por justo el motivo
La artística reunión,
Y de la estatua en cuestión
Viene el padre putativo.
El juez que le hizo llamar,
Después de observarle bien,

Con mal oculto desdén
Empiézale a interrogar.
—De esta estatua (hablad aquí
De la verdad el lenguaje)
Hicisteis vos el ropaje? —
Y el hombre afirma que sí.
—Entonces andad con Dios,
El que tal obra ha esculpido
Y el autor de ese vestido
Por fuerza deben ser dos.
De artesanos en el gremio
Tal vez podréis conseguir
Dinero con que vivir,
Mas no del artista el premio.
Hombre vano que te empleas
En pescar acá y allá
Al que viene y al que ya
Las más notables ideas;
Mira que es tiempo perdido,
Su alcance el necio no siente,
Y apercíbese el prudente
Que es solo tuyo el vestido.

FABULA XLVI.
LAS DOS RAPOSAS.

Iban a fuer de hambrientas cavilosas
Con alguna inquietud y mas galbana,
De julio caluroso una mañana

Muy cerca de una aldea dos raposas.
Tenía la una de ellas brava traza,
Equívocas maneras y gazmoñas;
Pero entrambas a dos eran bisoñas
En el arte difícil de la caza.
Llegan a una pradera que vecina
Está de cierta mísera aldehuela,
Párase la más diestra con cautela
Atisbando muy gorda una gallina.
El pájaro doméstico hacia casa
Iba, y paróse con visible pasmo,
Admiración profunda y entusiasmo
Al contemplar una perdiz que pasa
—Ave, le dice, que con raudo vuelo
Atraviesas de nubes el celaje.
De admiración recibe el homenaje
Que extasiada te envía desde el suelo!...
Entonces la raposa inteligente
—Acometamos, dice, este avechucho,
—Vásenos a escapar, volará mucho.
—Apostara a que no mi mejor diente.
—¿Sábeslo tú? —Por vida del Dios Baco!
¿Pues qué, si olla volara con destreza
Por ventura elogiara la torpeza
Con que se mueve ese otro pajarraco?
Bien discurren a veces las raposas;
Sabe, si genios en buscar te afanas,
Que el hombre a quien admiran las medianas
Nunca será capaz de grandes cosas.

FABULA XLVII.

EL CALCULO.

Jacinto el estudiante,
Dispuesto, vivaracho,
Excelente muchacho,
Era un poco pedante.

Un día que a saltar
Con más afán se esfuerza,
Ocúrrele la fuerza
Del salto calcular.

Somos muy majaderos,
Sin regla trabajamos,
Y así nos fatigamos
Dijo a sus compañeros.

Formemos ecuación:
Y fuerza, E distancia;
Todo desde la infancia
Debe hacerse en razón.

Mas los otros rapaces
Menos adelantados,
Cálculos complicados
De hacer no eran capaces.

Y prosiguen saltando
Con la mayor destreza,
Sin gastar la cabeza
Sus fuerzas calculando.

Busca papel y pluma
El mozo, y con gran flema

El propuesto problema
Da por resuelto en suma.
—¡La ciencia cómo eleva!
Dice, ¡oh! cuánto fecunda!—
Y una zanja profunda
Saltar quiere por prueba,
Al cálculo sujeta
Su esfuerzo, pero zas,
Cae, y a poco mas
Llévasele pateta.
Dio tan fuerte porrazo
Que por muy bien librado
Se tuvo el desdichado
Con dislocarse un brazo.
En esto una lección
Nos da el pobre Jacinto:
Nunca lo que es de instinto
Pidas a la razón.

FABULA XLVIII.

EL PARROCO Y LOS FELIGRESES.

Un pueblo, que según dice la historia
Se halla en el interior de Andalucía
Padeció, coma de otra no hay memoria,
Una horrible sequía.
Consternada la gente
Mira el campo asolado,
Y si el agua no acude de contado

La mejor finca de aquel pingüe suelo
No dará la simiente.

Los ojos vuelven todos hacia el cielo
Imploran con fervor y piedad mucha
Remedio breve a tan acerbos males,
Mas el cielo no escucha

Por razones que ignoran los mortales.

Viendo que inútilmente
Su piedad imploraban,
Impíos los más de ellos blasfemaban
Con boca maldiciente.

Era el cura del pueblo un virtuoso
Varón, modesto y grave,

Y oyendo aquel lenguaje escandaloso
Por más que del deber bollen los fueros,

Dice con voz suave

A sus mal resignados feligreses,
—Una declaración tengo que hacerlos.

Hoy cesan de la suerte los reveses:
A mí, aunque pecador flaco e indigno,

El piadoso cielo

De esta revelación me creyó digno.

Su cólera justísima depone,

Y para enviar al abrasado suelo

La lluvia deseada

Que cada cual implora,

Sola una condición sencilla impone.

«Que unánime dé el pueblo y libre voto

»Por el cual determine claramente

»De empezar a llover el día y hora;

»Si así no fuere, el pacto queda roto.»

Cuando esto oyó la gente

Cada cual a votar se precipita;

Uno quiere que llueva en seguidita.

Otro que el sol se vele con celaje;

Porque tiene que hacer cierto viaje,

Que le importa muy mas que la cosecha;

Votando así que el día

Siguiente ha de llover de su regreso.

No, le grita muy poco satisfecha

Una moza, par diez, no ha de ser eso,

Precisamente estoy de romería.

Otro yerba segada

Tiene, y le haría el agua grave daño

Hasta verla encerrada;

Otro el agua no quiere en aquel año

Porque no es cosechero

Sino tratante en granos

Cuya abundancia atasca su granero.

Y otros, en fin, con mil protestos vanos.

Por no hacer el relato más prolijo,

Tantas dificultades opusieron

Que de acuerdo común no consiguieron

Señalar a la lluvia día fijo;

Dios no escuchó la charla inoportuna

Y el agua les mandó por su fortuna.

Entonces el buen cura así les dijo:

«Oh! juicios de los hombres, juicios vanos,

»¡Oh desdichada suerte!

»Si la pusiera Dios en nuestras manos

»Fuera vida infeliz y triste muerte!
»Limitada razón y vana ciencia
»¿Porqué acusas impía
»La dulce Providencia
»Diciendo —en su lugar mejor sería?
»Sella ya el labio inmundo,
»Que si Dios un momento
»Su dirección fiase a tu talento,
»Nuevo caos tornara a ser el mundo.»

FABULA XLIX.
LA CORZA Y LA RAPOSA.

Tras una larga camorra
Con mastines y sabuesos,
Molidas hasta los huesos
Una corza y una zorra,
Y a la débil claridad
Que despedía la Luna,
De su precaria fortuna
Hablaban con gravedad.
—¡Ah! Decía la raposa,
Si yo a la naturaleza
Debiera tu ligereza,
Fuera mi suerte otra cosa.
Ciertamente no imagino
Por qué utilizas tan mal,
Ese poder especial
Dando carreras sin tino.

—Sin tino! ¿Por esos cerros
Hacer puedo más que huir
Si de cerca oigo latir
A los maldecidos perros?
Pues llévame pateta
Si en vez de correr ligera
A pensar me entretuviera...

—No digo que te estés quieta.

—¿Pues entonces qué dirás?

—Que si salvarte pretendes
Cuando la carrera emprendes

Mires bien a dónde vas.

¡Correr, correr, mas correr,

Y por un instinto ciego,

A veces al mismo fuego

De que has huido volver.

Y sin tino ni medida

Tu mucha fuerza emplear,

Para venir a parar

Donde has sido perseguida!

¡Hacer de tu perdición

Instrumento lastimoso

Ese medio poderoso

Que tienes de salvación!

Así ¡voto a Belcebú!

Murió tu padre y tu abuelo,

Y en verdad mucho recelo

Que así habrás de morir tú.

Tome para su conciencia

Esta lección cada cual,

Que no ha de venirle mal,
Aunque presuma de ciencia.
Cualquier persona de juicio
En todo evento posible,
Porque sabe que es temible,
Está en guardia contra el vicio
Pero aquellas de más seso,
Las de grandes cualidades,
De sus buenas facultades
No temen nunca el exceso.
Resultando en conclusión.
Ser grave causa de mal,
Lo que de bien manantial,
Fuera sujeto a razón.
Juzgue a la dicha nocivo
Cualquiera que no esté loco.
Lo malo, ya mucho ó poco,
Lo bueno si es excesivo.

FABULA L.

LOS DOS HERRADORES.

Yo conocí un mariscal,
Vulgo albéitar ó herrador,
Sempiterno clavador
De todo pobre animal.
Lo parece, mas no es cuento,
Tan buena maña se daba,
Que los caballos clavaba

Noventa y nueve de ciento.
Era antiguo en el lugar,
Y había en la vecindad
Un mozo de habilidad
Que acababa de llegar.
Pasaron dos viajeros,
Cuyas dos cabalgaduras,
Venían sin herraduras
En los remos delanteros.
Infórmense de un vecino
Que les da cuenta cabal
Del antiguo mariscal,
Y del que hace poco vino
—El viejo es malo en verdad,
El otro no se ha estrenado,
Varios me han asegurado
Que es mozo de habilidad.
—Con él voy, dijo Perico,
Que siendo el otro tan lerdo
En probar, qué diablos pierdo?
¿Tú qué piensas hacer chico?
—Lo que es razón he de hacer
Andrés replicó atrevido.
Vale más mal conocido
Que bueno por conocer.
Y diciendo esta sandez
Váse al viejo sin demora;
Al cabo de media hora
Pénense en marcha otra vez.
Vuela de Perico el jaco,

A poco dícele Andrés:
—Esta cojea ¿no ves?
Sí por vida del Dios Baco. —
Y era tan urgente el caso
Que antes de andar media legua,
Clavada la pobre yegua
No podía dar un paso.
—Me alegro por San Beltrán,
Exclamó Pedro con risa,
Vete ahora si tienes prisa
Caballero en tu refrán.
Cuando el refrán es prudente
Yo como nadie le aprecio,
Mas de los que están en necio
Me rio bonitamente,
Y creo razón tener,
Cuando siempre he preferido
A lo malo conocido
Lo bueno por conocer.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es